


ofertas, fue sólo una hostia. Lloró un poco, se hizo vendar los ojos, y fue fusilado. Los elementos del mito estaban listos.

La autoridad eclesiástica de Arequipa no aprueba el culto. Habla de "almas sencillas que tienen su propia fe". No tan sencillas. Son almas muy complejas, que sin duda recogen la eterna protesta contra la autoridad, la sensación de solidaridad con otro pobre (aunque sea un asesino: el complejo Robin Hood en acción), muerto por el *establishment*.

Pero el otro elemento de esta (absurda) fe popular en los poderes prodigiosos de un humilde trabajador de origen puneño (gran parte de la inmigración cam-

pesina a Arequipa proviene del pauperizado Puno) es el papel desempeñado por las mujeres: mató a una de ellas, otras lo quieren santificar. ¿Hasta qué punto se produce aquí el típico fenómeno, tan "femenino", de la autoinculpación? ¿Qué habrá hecho ella para que la mate? Cualquier aprendiz de sociólogo conoce el mecanismo a través del cual un sector marginado u oprimido no solamente asume, interioriza, los valores de sus explotadores sino que se vuelve ferozmente contra sus colegas de infortunio. Una víctima, nerviosa e insegura, exige un comportamiento intachable a todas las otras víctimas, para demostrar que son "buenas". La agresión se desvía del victimario (cuyos valores se asumen) para concentrarse en las víctimas. Un fenómeno que conocen bien no sólo las mujeres sino también negros, obreros, judíos, inmigrantes, homosexuales, nativos, soldados. . .

Las mujeres que rinden culto hoy a quien asesinó a otra mujer representan algo más que una anécdota, graciosa, trágica o patética. De alguna manera resumen y simbolizan un rasgo psicológico de la dominación que quienes quieren transformar la vida y la sociedad harían bien en no subestimar. 

FEMPRESS.

FUENTES: Revista *Caretas*, octubre 30, 1989. Programa de TV "En Persona", Canal 4, Lima, 21/01/90.

Madre hay una sola y a ti te encuentre en la calle

No hace falta recordar que la mujer es el argumento del cancionero amoroso universal. Cuánta veneración, pasión, reproche o nostalgia —según sea la condición de la mujer: amante, pérfida e ingrata por naturaleza, o madre, abnegada, sufrida y admirada— está contenida en los innumerables versos de la poesía y la canción amorosa.

Tania Ruiz

al amor con frenético ardor, para ser mujer". Pero también debe ser soltera y sin hijos, porque la mujer a quien le cantaba Sadel, si se hace madre, inmediatamente será canonizada y despojada de su aureola romántica. Porque la canción popular latinoamericana ha reservado un claro papel a las mujeres: como madres, hacer niños y criarlos hasta que llegue otra mujer, casi siempre también para llevarlos por el camino del dolor y del martirio.

MADRE SANTA

Una mujer debe ser soñadora, ardiente y coqueta, debe darse

El lenguaje invisible que es la canción popular ha expresado la reper-

cusión del cristianismo en las costumbres occidentales, sobre todo en la consideración de la mujer. El cristianismo, contra todas las creencias religiosas imperantes, encontró un camino de salvación para la mujer, portadora de placer y de lujuria y, por lo tanto, de pecado: el de la obediencia de la mujer al hombre en el matrimonio cuyo único fin es la procreación. Así es que, en el canto popular, madre no da ni recibe amor de hombres, a menos que éstos sean sus hijos varones, los cuales nacieron por obra y gracia del Espíritu Santo. Tal cual como le ocurrió a la Virgen María. La madre es la negación de la coquetería y de

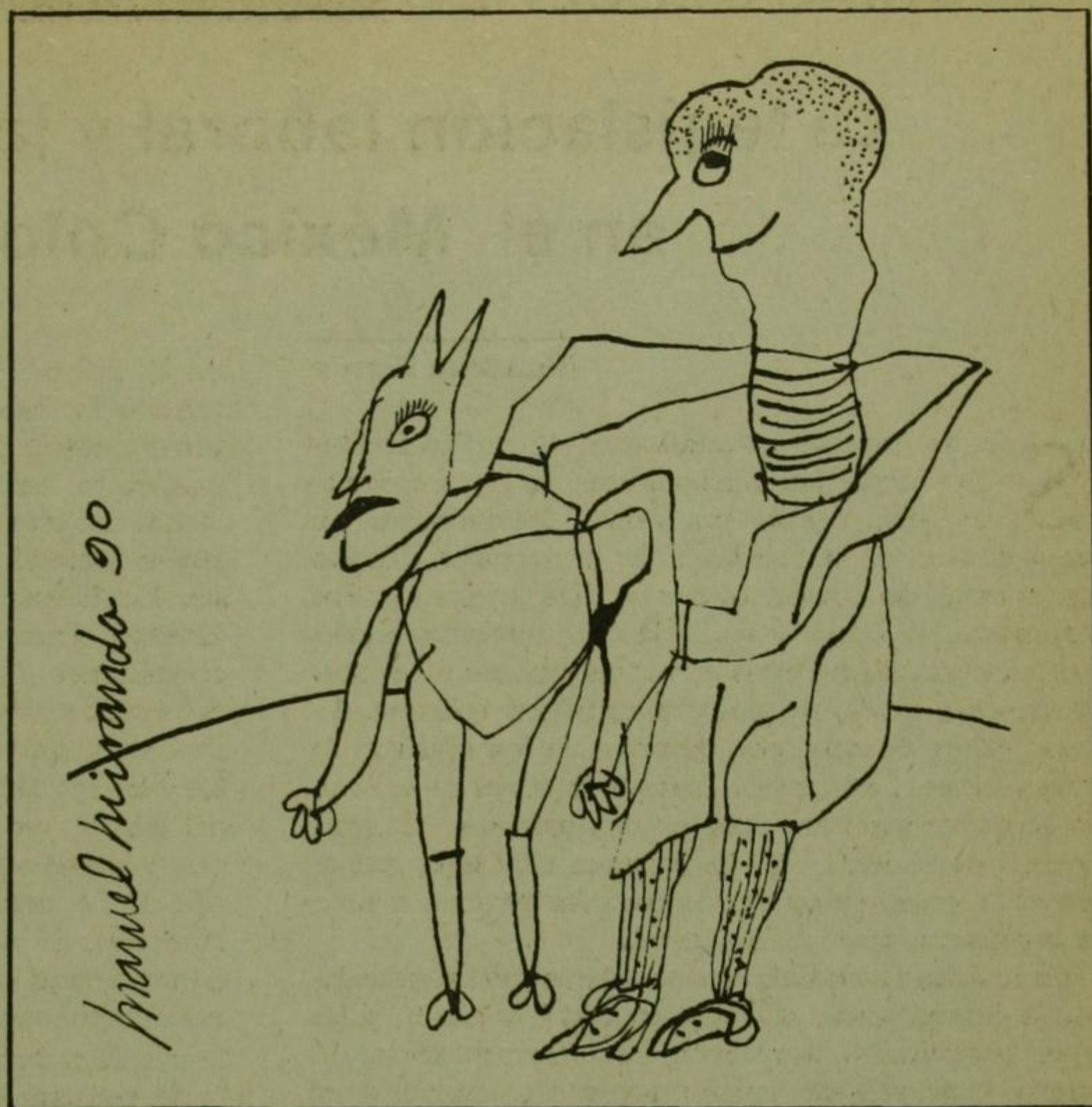
la voluptuosidad, la mujer-madre no puede desbordar su femineidad más allá de poseer una cierta cantidad de óvulos dispuestos a ser fertilizados. En la canción popular, sólo las mujeres que parieron y envejecieron se merecen la calificación de buenas.

La canción popular, llámese tango, bolero, guaracha, ranchera o vals, ha transmitido el prototipo de la madre dulce y abnegada, siempre dispuesta a recibir en su regazo al hijo bueno o malo, a perdonarlo y redimirlo de toda culpa. "... Madrecita querida, mil perdones te pido si por esa traidora te dejé en el olvido. . . como tú a mí me quieres malo, pobre y perdido. . .", escribió Felipe Valdez Leal a la autora de sus días. Y bajo el dolor de un despecho Bobby Capó compuso y cantó: "lloraré en tu regazo florido, que tu amor, madre mía, es tan grande que vale mil veces más que una mujer. . ." Por la madre, por el amor a la madre, el hijo será capaz hasta de. . . "dejar la parranda, aunque me digan cobarde —como vociferó Antonio Aguilar en una ranchera— voy a quitarme el vicio. . . adiós, botellas de vino; adiós, mujeres alegres; adiós, todos mis amigos; adiós, estos falsos amores. . ." Jamás ni nunca a la madre se le dirá "sola, fané, descangallada. . . parecía un gallo desplumado", ni mucho menos "mujer ladina, impostora de cariño".

Pero a la mujer sí, porque ella, en la canción popular, es placer y traición. Si quedara alguna duda, leamos a nuestro querido, a pesar de todo, Daniel Santos, quien en la entrevista concedida a Héctor Mujica describió a las mujeres como "materialistas, egoístas, ninfomaniacas, estúpidas y maravillosas a ratos. Sólo grandes cuando son madres".

PARIRAS CON DOLOR

La mujer debe ser castigada para luego ser redimida de culpa y pecado. Pues la madre que, evidentemente, por lo menos una vez, se dejó llevar por los instintos, pagará




por ese momento de gozo con el sacrificio y el pesar que significa la maternidad: "...había una vez una madre que mil dolores sufría. . ." (Lino Borges); "invierno hecho de llanto. . ." (Lara). En adelante, la madre de la canción popular será sufrimiento y martirio, afortunadamente recompensado por el amor del hijo quien la declara "dueña del corazón", "mi dulce prenda más querida", "la más consentida", "la reina". Gardel le asegura que "para mí sos más grande que Dios". Sólo Toña La Negra, mujer al fin, se atrevió a cantar la historia de una "mala" mujer que fue capaz de querer a un hombre más que a la madre suya.

EVA TRAIIDORA

Como musa de la canción popular la mujer ha pagado con creces la culpa por el pecado original. Es esa Eva, bella y hermosa, pero portadora de la dichosa manzana, venenosa y ponzoñosa, que tanto daño ha hecho a la vida de los históricos Ada-

nes. Muñeca, princesa, reina, diosa — ¡oh, cuántos calificativos hermosos!—, para luego estigmatizarlas con los epítetos de perdida, ingrata y hasta perjura o pervertida.

Las comparaciones usadas —Agustín Lara es el paradigma en el uso de ellas— son las tradicionales: cabelleras de cuervo o de azabache, rizos blondos como el oro y el sol, labios de rubí, dientes de perla, piel de alabastro o nácar, cuerpo de sirena o diosa, senos turgentes en flor. El problema comienza a aparecer en las miradas femeninas, porque pareciendo confirmar el viejo dicho de que "los ojos son el espejo del alma", los autores de canciones, casi todos hombres ellos, hablan de agresivas y punzantes, mirada de hielo, fuego de hogueras paganas, sombra de perversión, violetas de maldad. Los ojos malvados ya no pueden ocultar la ingratitud y la maldad de la mujer: las flores del mal en el canto popular. 

FEMPRESS